

Los estudios de Renzo de Felice y Emilio Gentile en la historiografía argentina: tres ejemplos

Por M. Carmen DOMÍNGUEZ GUTIÉRREZ*

PARA LA ACADEMIA EUROPEA en general y para la italiana en particular, Renzo de Felice (1929-1996) es el padre de una corriente historiográfica que tiene entre sus discípulos,¹ en particular en Emilio Gentile, a sus legítimos, heterogéneos² y directos herederos, y que está considerada como la titular de la renovación en la interpretación del fascismo italiano.

A Renzo de Felice —licenciado en Filosofía y alumno de Federico Chabod y Delio Cantimori, gran amigo de Rosario Romeo, que tanto lo ayudó en su andadura institucional—, nadie le puede quitar el mérito de ser el primero que se dedicó con riguroso afán académico al estudio de Benito Mussolini (1883-1945) y del fascismo, a pesar de que su interés por este tema fue fruto de una casualidad y resultado de un encargo de la Editorial Einaudi.

En sus años de juventud, De Felice simpatizó con un marxismo de influencia gramsciana, en especial en su interpretación del *Risorgimento* y de la obra de Maquiavelo, y fue, de hecho, un activo militante comunista hasta la invasión soviética de Hungría en 1956.³ Estuvo entre los firmantes del Manifiesto dei 101, el grupo de intelectuales que disintió del Partido Comunista Italiano cuando apoyó sin ambages la actuación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Inversamente proporcionales a su

* Profesora de la Universidad de Padua, Italia; e-mail: <carmen.dominguez@unipd.it>.

¹ A los que llamaba con cariño “l’armata Brancalione”, Emilio Gentile, *Renzo de Felice: lo storico e il personaggio*, Roma, Laterza, 2003.

² Utilizo el término *heterogéneo* para resaltar las palabras del propio Gentile: “questi allievi costituivano un gruppo variamente assortito, che non fu mai reso omogeneo dall’impronta di un comune ‘defelicianesimo’. Erano giovani con personalità spiccatamente distinte, diversi per età, orientamenti culturali e politici, credenze religiose e interessi di ricerca [...] alle reclute non era richiesta nessuna dichiarazione di fedeltà ad un verbo storiografico o ideologico”, *ibid.*, pp. 156-157.

³ Francesco Perfetti, “Presentazione”, en *id.*, ed., *Renzo de Felice: la storia come ricerca*, Florencia, Polistampa, 2017, pp. 15-18, p. 10.

distanciamiento del marxismo⁴ —al que condenaba por su determinismo y por olvidarse de los factores políticos y culturales en el proceso histórico— fueron sus acercamientos al liberalismo y al conservadurismo.

En 1961 publica su *Storia degli ebrei italiani sotto il fascismo* (Turín, Einaudi), trabajo que, en un primer momento pareció tener una buena acogida pero que, al destapar posturas antisemitas de algunos intelectuales declaradamente antifascistas y protagonistas de la vida política del momento, bloqueó temporalmente su carrera universitaria.⁵

Un nuevo encargo de Einaudi para escribir una biografía de Mussolini en cuatro tomos, después convertidos en ocho (el último fue póstumo), impulsa a De Felice a la que sería su principal línea de investigación. La primera entrega vio la luz en 1965 con un título provocador, *Mussolini, il rivoluzionario*,⁶ que cuestionó y se propuso desmontar todas las certezas codificadas de la historiografía de aquel momento sobre el fascismo, como que había sido un movimiento reaccionario y de extrema derecha, resultado de las rémoras seculares de un pueblo y el canto del cisne del capitalismo.⁷ Desde aquel momento —época convulsa por las protestas estudiantiles que tres años después desembocaron en el Mayo

⁴ “L’essere stato marxista e comunista mi ha immunizzato dal fare del moralismo sugli avvenimenti storici”, en *ibid.*

⁵ Giovanni Belardelli, “Intellettuali e fascismo negli studi di Renzo de Felice”, en *ibid.*, pp. 133-147.

⁶ Renzo de Felice, *Mussolini il rivoluzionario, 1883-1920*, Delio Cantimori, pról., Turín, Einaudi, 1965.

⁷ En opinión de De Felice, emprender la historia del fascismo a pocos años de su fin —en una Italia democrática y antifascista, construida sobre el mito legitimador de la “unidad de la Resistencia” guiada por los comunistas, no había permitido la clausura del ciclo histórico— significó, en sus propias palabras, enfrentar un tema tabú, que hasta ese momento había sido tratado desde una perspectiva ideológica y no, como él proponía, desde una perspectiva histórica fiel a un riguroso método objetivo. Su convicción de que para entender un fenómeno histórico era necesario analizarlo “desde el interior” y no mirarlo con las lentes deformantes de la ideología, lo condujo a recopilar y estudiar documentos y archivos fascistas hasta ese momento no considerados como fuentes legítimas para el estudio de aquellos años. Este método de trabajo le permitió descubrir las conexiones, políticas, morales y psicológicas entre la Gran Guerra y el surgimiento del fascismo, el consenso de las bases sociales al régimen que hizo posible su larga duración y, sobre todo, definir al fascismo como un régimen distinto de los conservadores y autoritarios con los que la historiografía lo había comparado hasta el momento, cf. Francesco Perfetti, “La lezione storiografica ed etico-politica di Renzo de Felice”, en *id.*, ed., *Renzo de Felice: la storia come ricerca* [n. 3], pp. 23-36, p. 27.

del 68— De Felice fue tachado de revisionista⁸ y simpatizante de Mussolini, más aún cuando, casi una década después, con la publicación del tercer volumen de la biografía, defendió, con un amplio corpus documental, que el régimen fascista había contado con un efectivo consenso y apoyo popular y, por tanto, no se había fundado exclusivamente en elementos coercitivos y policiales.⁹ Consenso que se mantuvo, en su opinión, hasta 1942-1943, cuando la derrota militar en todos los frentes de guerra anunció la debacle del régimen. La historiografía italiana del *dopoguerra*, la llamada “vulgata antifascista”, quedaba, de esta manera, herida de muerte.

En 1969 De Felice publicó *Le interpretazioni del fascismo*,¹⁰ en el que abordó la crítica de las principales teorías interpretativas de ese fenómeno. Aunque en desacuerdo con estudiosos de distintos ámbitos y corrientes como Ernst Nolte, Gioacchino Volpe, los estudios marxistas o la sociología estructural, defendió la necesidad de conocer los trabajos de todos. Al año siguiente, en 1970, en la introducción a la antología *Il fascismo: l'interpretazione dei contemporanei e degli storici*, se encuentra su primera exposición orgánica sobre dicho fenómeno. En ella abogaba, sobre todo, por un estudio que considerase la especificidad nacional del contexto, pues estaba convencido de que el fascismo había sido un movimiento europeo surgido en un momento concreto: el periodo de entreguerras. Su aparición y su triunfo, defendió, no fueron inevitables ni correspondieron en absoluto a una necesidad. Había sido, además, un movimiento con partidarios y detractores en todas las clases sociales, aunque su élite política se nutrió de clases medias

⁸ De Felice nunca dio peso a la etiqueta peyorativa de *revisionista* y contestó que “qualsiasi storico è un revisionista” en la medida que “comincia il suo lavoro dal punto in cui sono arrivati i predecessori, per completare e modificare, aggiungere e cambiare, chiarire e approfondire” y en su reconstrucción del fascismo no había nada de revisionista pues sólo se había limitado a “riempire buchi nello studio dei fatti” con el estudio de la documentación hasta el momento ignorada o desconocida, en *ibid.*, p. 34.

⁹ Renzo de Felice, *Mussolini Il Duce: gli anni del consenso, 1929-1936*, Turín, Einaudi, 1974.

¹⁰ En la edición de 1983 dedicó el volumen a George L. Mosse y Gino Germani por considerarlos los autores que más habían influido en su interpretación del fascismo, Renzo de Felice, *Le interpretazioni del fascismo*, Bari, Laterza, 1969, p. 3. A Mosse, porque lo había ayudado a liberarse del preconceito ideológico de un fascismo impuesto a las masas gracias a una combinación de violencia y propaganda. Con Germani, en cambio, compartió la centralidad del tema de la nación y, sobre todo, de la relación democracia/Estado nacional.

y sus jefes compartían o bien su antigua militancia en partidos de extrema izquierda o haber sido combatientes de la Gran Guerra. Élite en condiciones de

elaborare una ‘ideologia’ rivoluzionaria e nazionalista corrispondente alla psicologia, ai risentimenti, alle velleità e alle aspirazioni delle masse sulle quali essa doveva contare se voleva arrivare al potere [para crear en las masas la sensación de] essere sempre mobilitate, di avere un rapporto diretto con il capo (tale perché capace di farsi interprete e traduttore in atto delle loro aspirazioni) e di partecipare e contribuire non ad una mera restaurazione di un ordine sociale di cui sentivano tutti i limiti e l’inadeguatezza storica, bensì ad una rivoluzione dalla quale sarebbe gradualmente nato un nuovo ordine sociale migliore e più giusto di quello presistente.¹¹

A medida que había ido avanzando en sus investigaciones, De Felice se acercaba cada vez más a las nuevas tendencias de la historiografía cultural —más próximas a la antropología— y se apoyaba en las teorías de modernización y de la sociedad de masas del sociólogo italiano exiliado en Argentina, Gino Germani, así como en las investigaciones de George L. Mosse¹² sobre los mitos, los ritos y la simbología de la política de masas, del nacionalismo y del nazismo, testimonio que recogió su discípulo Emilio Gentile algunos años después.¹³

¹¹ Renzo De Felice, *Il fascismo: le interpretazioni dei contemporanei e degli storici*, Bari, Laterza, 1970, pp. xii-xv; versión castellana, *El fascismo: sus interpretaciones*, Víctor Fischman, trad., Buenos Aires, Paidós, 1976.

¹² George L. Mosse, *The nationalization of the masses: political symbolism and mass movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich*, 1975; versión castellana, *La nacionalización de las masas: simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas al Tercer Reich*, José Cuéllar Menezo, trad., Buenos Aires, Siglo XXI, 2007. La versión italiana, traducida y publicada en 1976 por la Editorial Il Mulino, incluye una introducción de De Felice. Aunque éste fue el libro de Mosse que más influyó en sus estudios, también era un gran entusiasta de *Los orígenes intelectuales del Tercer Reich: historia de una crisis ideológica* (1964), Verónica Puertollano López, trad., Madrid, La Esfera de los Libros, 2023, citado en Dino Cofrancesco, “Renzo de Felice: da George L. Mosse a François Furet”, en Perfetti, ed., *Renzo de Felice: la storia come ricerca* [n. 3], p. 43. Sobre George L. Mosse, existe un interesante documental dirigido y presentado por Emilio Gentile en la televisión pública italiana, “Mosse storico del nazismo”, RAI, *Il tempo e la storia* (2015), en DE: <Il Tempo e la Storia - Mosse storico del nazismo - Video - RaiPlay>, 45 minutos.

¹³ Emilio Gentile, *Storia del fascismo*, Roma/Bari, Laterza, 2022.

Intervista sul fascismo, editada por Michael Leeden en 1975, fue el más polémico de todos los textos de De Felice.¹⁴ En la primera edición afirmó que el origen de la nueva política racial fascista era consecuencia de su alianza con Alemania, aunque no ocultó el consenso y el conformismo de buena parte de la sociedad italiana, como ya había defendido en su biografía sobre Il Duce. En la última edición revisada se dedicó a problemas hasta entonces desatendidos, como la Guerra Ítalo-Etíope (1935-1936) y la necesidad de regular las relaciones entre los italianos colonos y la población africana de esos territorios, así como la de crear una nueva conciencia racial en los italianos, al conectar la política antisemita con el giro totalitario del régimen y el anhelo mussoliniano de una nueva civilización fascista. Aun así, siguió negando toda posibilidad de comparar el nacionalsocialismo con el fascismo, o que éste fuese una versión de aquél, porque, sostenía, sus diferencias eran enormes. Emilio Gentile, por su parte, adopta del maestro el método de trabajo y sigue la hipótesis de estudio de George L. Mosse, quien defendía, en línea con el pensamiento croceano, que “ogni vera storia è storia contemporanea”¹⁵ y que sólo un vivo interés por el presente puede empujar a estudiar el pasado.¹⁶ Mosse se había servido de fuentes documentales populares —algo hasta entonces impensable en el ámbito académico— para entender los orígenes del racismo, del antisemitismo y del nacionalsocialismo, por considerarlas el instrumento adecuado a través del cual el individuo y la colectividad se ven representados e involucrados en la política. La cultura de las masas, a su juicio, no se forma a través de los textos ideológicos que nadie lee, sino a través de los textos

¹⁴ Renzo de Felice, *Intervista sul fascismo*, Michael Leeden, ed., Bari, Laterza, 1975. En esa entrevista De Felice propuso una interpretación general del fascismo que se basa sustancialmente en la distinción entre fascismo “movimiento” y fascismo “régimen”. El “régimen” representó el compromiso entre Mussolini y las viejas fuerzas conservadoras y reaccionarias, mientras que el “movimiento”, que echaba raíces en la izquierda revolucionaria e intervencionista, representaba las aspiraciones de las clases medias emergentes.

¹⁵ Benedetto Croce, *Teoria e storia della storiografia* (1909), Giuseppe Galasso, ed., Milán, Adelphi, 1989, p. 14.

¹⁶ Sobre la idea del trabajo y método de historiador de Gentile remito a la entrevista en televisión, “Emilio Gentile”, RAI, *Play Books* (2023), en DE: <Play Books 7 - Emilio Gentile - Vídeo - RaiPlay>.

que todos leen, por lo que es en esas fuentes donde se encuentra el germen de mentalidades racistas o nacionalistas.

Gentile, convencido como De Felice de que la originalidad del fascismo reside en su modernidad —en el sentido de que fue un movimiento revolucionario por su ambición de congregar a las masas, construir otra civilidad y crear un hombre nuevo—,¹⁷ se ha centrado en demostrar la existencia de una ideología específicamente fascista, basada en el pensamiento mítico y en analizar los contenidos de su “religión política” como alternativa a las religiones tradicionales establecidas: su culto, su liturgia, su estética. Y es que dicho fenómeno, entiende, supuso una clara “sacralización” de la política. Organizado en torno al “partido-milicia”, el “fascismo totalitario” es un proceso nunca terminado, en marcha constante: un movimiento revolucionario que, lejos de quedar atrapado en el tradicionalismo, mira siempre al futuro. Supone una revolución antropológica, un experimento para el troquelado de un hombre y una nueva civilización, racista e imperialista, cuyo objetivo era la destrucción del sistema parlamentario y la construcción de un Estado totalitario. Bajo el encuadramiento de las masas en el partido-milicia (algo que ni siquiera los bolcheviques habían concebido), el fascismo totalitario persigue la subordinación, la integración y la homogeneización de toda la comunidad, un “ciudadano colectivo organizado” y unido por la fe en Il Duce.

Gentile contesta así a la postura de Hannah Arendt que no considera al fascismo un totalitarismo (entendido éste como la dictadura que intenta imponer su presencia en todos los aspectos de la vida del hombre)¹⁸ pero sobre todo que apuesta su teoría a la carta del

¹⁷ “Il fascismo movimento è stato l’idealizzazione, la velleità di un certo tipo di ceto medio emergente [...] che tende a realizzare una propria politica in prima persona”; la expresión, por tanto de “ceti medi emergenti, cioè di ceti medi che cercano —essendo diventati un fatto sociale— di acquistare partecipazione, di acquistare potere politico”, De Felice, *Intervista sul fascismo* [n. 14], p. 30. Todo lo contrario a lo que parecía un punto saldado de la historiografía tradicional que interpretaba el fenómeno como un “declassamento dei ceti medi che si proletizzano e che, per sfuggire a questo destino, si ribellano. Insomma, schematizzando, il fascismo come fenomeno degli spostati, dei falliti”, en *ibid.* Es en este sentido que De Felice sostiene que el fascismo fue un movimiento revolucionario, por su capacidad de movilización y por su tensión hacia el futuro (para construir un mundo nuevo) y no hacia el pasado, *ibid.*, p. 32.

¹⁸ E indirectamente a De Felice, que hasta su *Intervista sul fascismo* [n. 14] no consideró al fascismo como tal, en línea con el pensamiento de Hannah Arendt, cf. Gentile,

terror¹⁹ y no a la de la propaganda que, a través de mitos, símbolos y ritos²⁰ consintió que la multitud se convirtiese en masa²¹ y que sus miembros pasaran de objetos pasivos a activos, lo que generó una cultura de masas poderosísima dirigida por la élite fascista.

La influencia italiana en tres autores argentinos

LA primera de las cuestiones afrontadas al abordar el estudio del fascismo en la historiografía argentina es la aparente inflación semántica del propio término: del “fascismo histórico”, entendido

Renzo de Felice: *lo storico e il personaggio* [n. 1], pp. 161-163; y que después formuló en Renzo de Felice, *Mussolini Il Duce: lo Stato totalitario 1936-1940*, Turín, Einaudi, 1981.

¹⁹ Hannah Arendt sostiene que bajo el paraguas del totalitarismo tienen cabida el nacionalsocialismo alemán y el totalitarismo soviético, pero no el fascismo italiano. Hoy en día esta idea ha sido discutida por amplios sectores de la historiografía, sobre todo por Gentile, que sí considera al movimiento fascista un totalitarismo. De hecho, el término *totalitario* fue utilizado por primera vez por Giovanni Amendola para referirse al secuestro y asesinato del político socialista Giacomo Matteotti en junio de 1924. Tras las leyes de 1925 desde dentro del fascismo, como declaró Giovanni Gentile, se admite que su objetivo es obtener un régimen totalitario en el sentido de que nada debe escapar al Estado. Quienes en cambio defienden que el fascismo no puede ser considerado totalitario, como lo hace Arendt, es porque consideran que, aunque aspirara a serlo, no lo consiguió por varios motivos, porque era una monarquía, por su connivencia con la Iglesia católica y porque la gran industria no tuvo necesidad de declararse fascista aunque colaborase con el régimen, ya que su situación económica le permitió no someterse a él, cf. Hannah Arendt, *The origins of totalitarianism*, Nueva York, Harcourt, Brace and Company, 1951; versión castellana, *Los orígenes del totalitarismo*, Guillermo Solana, trad., Barcelona, Taurus, 1974.

²⁰ Lo que Gentile llama la liturgia, el culto de la nación, “*il culto del littorio*”: el totalitarismo italiano retomó el antiguo emblema del *fascio littorio*, aquel que en la antigua Roma representaba el poder, el *imperium*, y lo colocó en el centro de su universo simbólico para constituir una religión cívica y política apoyada en la sacralización del régimen. Sus primeros pasos en la definición del fascismo como totalitarismo se encuentran en Emilio Gentile, *La via italiana al totalitarismo: il partito e lo Stato nel regime fascista*, Roma, Carocci, 1995. Sobre la “sacralización de la política”, en cambio, cf. del mismo autor, *Il culto del littorio: la sacralizzazione della politica nell’Italia fascista*, Roma/Bari, Laterza, 2003.

²¹ El sociólogo Gustave Le Bon publica en 1901 el libro *Psicología de las multitudes* (Madrid, Morata, 2000) en el que sostiene que por el mero hecho de integrarse en una “multitud” el individuo adquiere un sentimiento de poder invencible y se vuelve altamente susceptible al contagio emocional o a la imitación. Emplear el término *masa* implica situarse en un plano superior respecto de la sociedad. Puesto que la masa no tiene identidad ni criterio propio, son las élites —quienes se encuentran en un lugar privilegiado desde la perspectiva política y económica— las que imponen las pautas de educación de la sociedad. Por lo tanto, esta educación tiene un carácter social y, sin embargo, se proyecta desde un reducido grupo dominante. El término *masa* implica una modernidad ambivalente puesto que sin modernidad no hay masas y sin masas no hay modernidad.

sobre el modelo italiano, a “fascismo criollo”, “clerofascismo”, “neofascismo”, “posfascismo” o “fascismos transatlánticos”, para citar los más empleados.²²

La segunda es que las referencias a los historiadores italianos no siempre son explícitas. Ante mi sorpresa por esta omisión, me pregunté si realmente había existido una recepción del pensamiento defeliceano —cosa de la que no había dudado en un primer momento—, y de ser así por qué quedaba omitida. Para desenmarañar la cuestión recurrí a la ayuda de historiadores argentinos, directa o indirectamente, gracias a la mediación de colegas. Las respuestas, aunque muy distintas entre sí, compartían un común denominador: de Miranda Lida a Marcela Ternavasio, todos declararon haber estudiado la obra de De Felice y Gentile en sus programas de licenciatura, conocerla y reconocerla como lúcidos estudios. El interrogante entonces iba más allá de si era una obra conocida y si había ejercido influencia, sino que se desplazaba a cómo había sido su impacto y sobre quién. Para responder a esta cuestión, he recurrido a tres ejemplos que me han parecido los más enriquecedores por ser respuestas directas y explícitas a la historiografía italiana en direcciones diametralmente opuestas.

El primero de los ejemplos lo constituyen los estudios de Fernando Devoto. El texto escrito con María Inés Barbero en 1983, *Los nacionalistas*, pero sobre todo el trabajo de 2002, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna: una historia*, aluden expresamente al fascismo entendido bajo los presupuestos de De Felice y Gentile y han utilizado la comparación ahí donde los dos italianos insistían en estudiar las características específicas de cada contexto. Devoto considera exclusivamente la década de 1930 como momento histórico de influencia fascista en un movimiento, la Liga Patriótica,²³ pero descarta la posibilidad de un fascismo

²² En la ya citada entrevista a Gentile, éste habla de la inflación semántica del término y, sobre todo, de su uso como sinónimo de enemigo que considera al fascismo un movimiento cíclico (“fascismo eterno”, como sostuvo el intelectual italiano Umberto Eco) cuando él, al igual que De Felice, sostiene que es un movimiento finito y único, restringido a unas coordenadas temporales y geográficas muy concretas, “Emilio Gentile”, RAI, *Play Books* [n. 16].

²³ La Liga Patriótica “puede ser considerada el primer grupo nacionalista argentino, pariente y antecesora de los escuadrones, legiones o guardias que abundarán en la Argentina de la década del treinta en imitación más o menos explícita de los ‘fasci di

argentino “porque no se construyó [la Liga Patriótica] como una agrupación política que aspirase a tomar el poder”²⁴ comparable al ejemplo italiano, aunque Devoto y Barbero admiten la posibilidad de un “protofascismo”²⁵ o de un “fascismo criollo” que comparte algunas características con aquél. Más allá de la consideración de si existió o no un fascismo argentino, al estudiar detalladamente el ejemplo de Leopoldo Lugones como el de intelectual con la propuesta más cercana al fascismo italiano,²⁶ lo que llama la atención en los estudios de Devoto son sus conexiones metodológicas con De Felice y Gentile y la deuda de todos ellos con la obra ya citada de George L. Mosse. Corriente en la que se inscribe al entender que

Estas operaciones que buscaban construir a los ciudadanos e integrar a las masas al Estado, haciéndolas copartícipes de las creencias impuestas desde el mismo, podían ser hechas desde instrumentos muy diferentes [que] podían reagruparse esquemáticamente en dos tipos: aquéllos en los cuales el discurso, la palabra, ocupan un papel central en la transmisión de valores y creencias, y aquéllos en los que no es la palabra sino los símbolos y los ritos que, organizados como una religión cívica, manteniendo forma y secuencia de las religiones tradicionales, tienen ahora otro objeto de culto: la nación.²⁷

Así pues, a juicio de Devoto, que el nacionalismo o el peronismo sean o no fascismo o encontrar un punto de partida (más aún uno de llegada) en la línea autoritaria argentina, bajo los supuestos del nacionalismo que una parte de la historiografía amplía a los del fascismo, carece de sentido histórico —ya que no político— cuya única ventaja es la de “la engañosa claridad: haber encontrado la llave en un relato teleológico que devela los secretos de toda una época histórica”.²⁸ Para Devoto no es central la discusión sobre un pensamiento fascista en Argentina o las continuidades, más que las rupturas, en el nacionalismo y el peronismo. Lo es en cambio, descubrir cuáles fueron los elementos que permitieron tales sistemas y cómo se implantaron, pues, como bien defiende, ese nuevo

combattimento’ mussolinianos”, Fernando Devoto y María Inés Barbero, *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, p. 40.

²⁴ Fernando Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna: una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, p. 137.

²⁵ *Ibid.*, p. 135.

²⁶ *Ibid.*, pp. 135ss; y Devoto y Barbero, *Los nacionalistas* [n. 23], pp. 42-47.

²⁷ Devoto, *Nacionalismo, fascismo* [n. 24], p. xiv.

²⁸ *Ibid.*, p. xxiv.

nacionalismo que nace a partir de la década de 1940 convive e incluso en ocasiones se confunde con otro más antiguo: “el de la religión cívica: aquél construido en torno a la ritualidad patriótica, la conscripción, la educación laica y el mito de la ‘futura grandeza del país’ en todas sus formas”.²⁹ Es en ese sentido en el que entiendo que hay una tradición historiográfica compartida y una huella.

La segunda de mis propuestas es la obra de uno de los intelectuales del Grupo Contorno, Juan José Sebreli, en especial su texto *Los deseos imaginarios del peronismo*, publicado en 1983 y reeditado y ampliado en 2020. A diferencia de Devoto, el análisis de Sebreli no se refiere a la década de 1930 sino al primer peronismo,³⁰ del que concluye que “no fue más que una caricatura de la comedia mussoliniana”.³¹ A diferencia de los historiadores italianos, convencidos de la particularidad del fascismo (al que llaman “fascismo histórico”) y la imposibilidad de trasladarlo a otros contextos y épocas, para Sebreli

no hay formas culturales o políticas incommunicables, todas se interpenetran, reciben aportes ajenos, influyen y son influidas, no existen en el vacío sino limitadas por otras, no nacen a partir de cero, sino derivadas de otras. Pero no se trata solamente de mostrar las influencias exteriores de un fenómeno histórico sobre otro distinto, del fascismo, por ejemplo, sobre el peronismo, es en el interior mismo de los acontecimientos más singulares donde es posible encontrar elementos reiterables, constantes, rasgos comunes, por lo tanto explicables mediante la comparación, la aproximación a un modelo o paradigma; de otra manera reinaría la contingencia y el azar, no existirían leyes históricas objetivas y universalmente válidas y no podría hablarse de cientificidad ni siquiera de racionalidad de la historia.³²

Sebreli convierte al fascismo italiano y al nazismo alemán en *fascismo* como categoría genérica, en tanto De Felice y Gentile abogan por dividirlos por considerar imposible su equiparación. Sebreli apuesta por remitir a la acepción originaria de los términos políticos, o al menos tenerlos en cuenta a la hora de resemantizar

²⁹ *Ibid.*, p. 283.

³⁰ Felipe Pigna, “Juan José Sebreli”, entrevista, *El historiador*, en DE: <Juan José Sebreli | El Historiador>.

³¹ Juan José Sebreli, *Los deseos imaginarios del peronismo* (1983), Buenos Aires, Sudamericana, 2020, p. 16.

³² *Ibid.*, p. 24.

las etiquetas para entender que el significado contemporáneo de determinadas categorías no siempre responde a su origen.³³ Para el autor, y en esto coincide con De Felice y Gentile, el error reside en adjudicar el calificativo de *fascista* a dictaduras de tipo conservador tradicional y por tanto desmovilizadoras de masas, lo que ha llevado a comparar dicho fenómeno con los regímenes dictatoriales militares de Juan C. Onganía o Jorge R. Videla, cuando es precisamente eso lo que permite descartarlas y, en cambio, es el carácter de apoyo de las masas al peronismo lo que permite compararlo con el fascismo. El peronismo, afirmó Sebreli —frente a peronistas o nacionalistas de izquierdas como Jorge Abelardo Ramos o Juan José Hernández Arregui, o incluso contra antiperonistas de izquierda como Ismael Viñas, Silvio Frondizi o Miguel Ángel García— “aspiró siempre a ser un fascismo y realizó la mayor cantidad de fascismo que le permitieron la sociedad argentina y la época en la que le tocó actuar” y para subrayarlo sostiene que “la trayectoria fascista de Perón es fácil de rastrear”.³⁴

De acuerdo con De Felice, Sebreli cree que tal como el fascismo italiano movilizó a las clases medias —pero no a aquéllas en decadencia como ha sostenido la crítica tradicional, sino a las emergentes—, el peronismo utilizó la misma jugada en Argentina. Coincide también con él al sostener que, contra lo que opina la historiografía marxista, dicho fenómeno no fue la fase final del capitalismo.³⁵ Al contrario, se extendió rápidamente por aquellos lugares en los que el capitalismo estaba atrasado. Siguiendo a Gentile, considera que la religión política del peronismo fue el justicialismo, que para movilizar a las masas se sirvió de las estrategias fascistas (y de los mismos medios, entre los que destaca la naciente radio). También, que los avances peronistas (capitalismo de Estado, intromisión de la vida cotidiana, partido único) permiten sostener que buscó un Estado totalitario, como hizo el fascismo,

³³ Considero esto como fundamental pues, trasladándolo a mis estudios sobre la intelectualidad republicana durante la Guerra Civil Española, no sólo los españoles, también la inteligencia extranjera que participó a favor de la Segunda República, entendieron que la lucha era contra el fascismo (o nazifascismo), utilizado como término globalizador en el que nunca distinguieron entre fascismo y nazismo por considerarlo un mismo poder totalizador.

³⁴ Sebreli, *Los deseos imaginarios del peronismo* [n. 31], pp. 32 y 74.

³⁵ *Ibid.*, pp. 86ss.

aunque ninguno de los dos cumplió sus objetivos (a diferencia de los totalitarismos nazi y soviético).

El último de los autores que deseo recuperar es Federico Finchelstein, historiador argentino formado en la Universidad de Buenos Aires que ha desarrollado toda su carrera de investigador en la academia estadounidense y pertenece a una escuela historiográfica en las antípodas del pensamiento defeliceano. Si De Felice y Gentile sostienen, y es uno de los pilares de su argumentación, que el fenómeno fascista es una experiencia única, en nada reductible a los otros experimentos totalitarios como el comunismo y el nazismo, y que su aplastamiento fue tan definitivo como abrupto su nacimiento, por lo que —y éste es uno de los puntos más discutidos de sus tesis— no ha dejado prácticamente huella alguna en Italia y no es posible su vuelta,³⁶ la escuela de Finchelstein aplica la etiqueta *fascismo* “donde sea”,³⁷ para encontrar un hilo conductor que va desde el golpe de José

³⁶ En una entrevista de 1987, en vísperas de la celebración del cuadragésimo aniversario de la Constitución italiana, De Felice sostuvo la necesidad de abolir las normas contra el fascismo por considerarlas “grotescas”. En opinión de Francesco Perfetti, su postura no era, como afirmaron sus detractores, un intento de legitimación del fascismo sino el reconocimiento de la solidez democrática italiana que no habría hecho posible un retorno del fenómeno, por lo que se hacía necesario superar la antihistórica contraposición fascismo-antifascismo, citado en Perfetti, “Presentazione” [n. 3], p. 11; por el contrario, Gentile sostiene que las había tachado de grotescas porque no tenían credibilidad ya que los partidos antifascistas habían permitido el nacimiento y la permanencia de un partido filofascista como el Movimiento Sociale Italiano (MSI), citado en Gentile, *Renzo de Felice: lo storico e il personaggio* [n. 1], p. 13.

De igual manera, en 2019, ante el ascenso al poder de las extremas derechas en Italia, Gentile escribe un libro —organizado como una imaginaria entrevista en la que se le planteaban preguntas a las que él contestaba— para negar la posibilidad de un retorno fascista, cf. Emilio Gentile, *Chi è fascista*, Roma/Bari, Laterza, 2019. Esta convicción de la imposibilidad de un retorno del fascismo sostenida primero por De Felice y después por su discípulo Gentile ha tenido numerosas críticas. La más conocida es la ya citada de Umberto Eco (que considera al fascismo como un movimiento de eterno retorno), pero existen muchas otras entre las que cabe destacar la del historiador italiano Enzo Traverso, alumno de De Felice, quien sí ve una filiación entre lo que él considera “posfascismo” actual (que ya no es fascismo pero tampoco algo nuevo ni diverso) y la extrema derecha o la derecha radical que asciende en Europa y América, Enzo Traverso, *I nuovi volti del fascismo: conversazione con Régis Meyran*, Verona, Ombre Corte, 2017.

³⁷ Federica Bertagna, “Miradas desde la Italia fascista sobre la Argentina de los años treinta”, *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos* (École des Hautes Études en Sciences Sociales), núm. 20 (2020), en DE: <<http://journals.openedition.org/nuevomundo/80532>>.

Félix Uriburu, pasando por el primer peronismo para culminar en la última dictadura militar.³⁸

Acuña de algunas etiquetas, prestatario de otras, Finchelstein aboga por un “clerofascismo”³⁹ para hablar de una ideología “cristianizada” en Argentina durante las décadas de 1920 y 1930 o para explicar que Perón hizo una síntesis nacional y social entre la izquierda y la derecha del fascismo italiano en términos cristianos. O “posfascismo”, como la estrategia del primer peronismo de dejar atrás la violencia extrema y la dictadura del fascismo italiano para obtener el triunfo.⁴⁰ Para Finchelstein, como para Tulio Halperin Donghi, uno de sus mentores, el peronismo no es propiamente fascista pero sí una reformulación en términos de genealogías culturales, socioeconómicas e ideológicas⁴¹ pues “el peronismo repensó el legado fascista sin negarlo por completo. Para Finchelstein el fascismo fue una genealogía central del peronismo, pero no la única”⁴²

³⁸ Sobre esta teoría de la continuidad del fascismo argentino véanse dos estudios de Federico Finchelstein, *La Argentina fascista: los orígenes ideológicos de la dictadura*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012; y *Orígenes ideológicos de la “guerra sucia”: fascismo, populismo y dictadura en la Argentina del siglo xx*, Buenos Aires, Sudamericana, 2016. La postura crítica de Finchelstein a los postulados de De Felice y Gentile es evidente en Federico Finchelstein, “The fascist canon: Renzo de Felice and the writing of history”, *Forum Italicum. A Journal of Italian Studies* (Nueva York, Universidad Stony Brook), vol. 40, núm. 1 (marzo de 2006), pp. 85-102.

³⁹ Federico Finchelstein, *Fascismo transatlántico: ideología, violencia y sacralidad en Argentina e Italia, 1919-1945*, Buenos Aires, FCE, 2010.

⁴⁰ Federico Finchelstein, *Del fascismo al populismo en la historia*, Barcelona, Taurus, 2019.

⁴¹ Halperin Donghi escribió prolificamente sobre el peronismo desde la década de 1950 hasta mediados de la de 1960. Dichos escritos están compilados en un libro. Entre ellos se encuentra un texto especialmente interesante, publicado originalmente en *Contorno* (núm. 7-8, en julio de 1956), en el que analiza los puntos de encuentro entre la ideología europea y el movimiento argentino para concluir que el peronismo no es una forma de fascismo sino que “fue por lo menos el resultado —o más bien el residuo, inesperado para todos y también para su creador y beneficiario— de una tentativa de reforma fascista de la vida política argentina”, que fracasó porque no había oportunidad, a pesar de los esfuerzos, de llevar a cabo ese modelo, por lo que Perón decidió buscar medios más conciliadores con la situación que le tocó en suerte gobernar. De tal manera, sostiene Halperin Donghi, Perón imprimió a su gobierno esos rasgos tan particulares que todavía hoy provocan enconados debates, Tulio Halperin Donghi, *Argentina en el callejón*, Barcelona, Ariel, 1995.

⁴² “Peronism represents a reformulation of the fascist past [especially in terms of its cultural, socio-economic and ideological genealogies]. Peronism rethought the fascist legacy while not denying it entirely. Fascism was a central genealogy of Peronism but not the only one”, Federico Finchelstein, “The peronist reformulation of fascism”, *Contemporanea. Rivista di Storia dell’800 e del ’900* (Bologna, Il Mulino), vol. 17, núm. 4 (octubre-diciembre de 2014), pp. 609-626, p. 612. La traducción es mía.

y su nacionalismo es la “*forma mentis* de tipo fascista” de Leopoldo Lugones.⁴³

Finchelstein coincide con Gino Germani al considerar que las bases sociales fueron diferentes en los contextos italiano y argentino, a diferencia, como se ha visto, de lo que opina Sebreli.⁴⁴ Para Germani el fascismo y el peronismo llegaron al poder como resultado del fracaso de los regímenes democráticos liberales. Ambos utilizaron la política totalitaria en el sentido de organicismo e integralismo absolutos. Ambos dieron una respuesta totalitaria a la crisis que había provocado la modernidad, pero el fascismo movilizó a las clases medias y el peronismo unió a la clase trabajadora.

La convicción del regreso de una ideología fascista anteriormente reprimida en Argentina, tras ser en 1945 refugio de nazis, se pone en escena durante la última dictadura militar, que llevó a sus últimas consecuencias la teoría fascista del enemigo abyecto que debe ser eliminado; esto le permite a Finchelstein proponer una ulterior etiqueta, la del “fascismo transnacional”,⁴⁵ que entiende como una

serie de encuentros, transferencias y reformulaciones sincrónicas a través del planeta que variaron con el transcurso del tiempo, por lo que resulta transcontextual, en este caso, el estudio de los efectos ideológicos, políticos y prácticos que la herencia traumática de la violencia fascista dejó en los distintos contextos surgidos tras 1945. Mi tesis es que la importancia que el fascismo da a la violencia política, a la represión y al genocidio ha continuado siendo después de 1945 la dimensión más notable de su memoria,

⁴³ Finchelstein, *Fascismo transatlántico* [n. 39], p. 133.

⁴⁴ En su primer libro (*Estructura social de la Argentina*, Buenos Aires, Raigal, 1954), Gino Germani se abstuvo de comparar al peronismo con el fascismo. Tras la caída de Perón, en cambio, se sintió libre de extender el marco comparativo de sus interpretaciones. En un artículo estudia las diferencias y similitudes en el peronista y los casos fascistas, y la diferencia más notoria que encuentra son las bases sociales que, sostiene, son populares en el peronismo, y la pequeña burguesía en los ejemplos europeos, Gino Germani, “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo”, *Cursos y Conferencias* (Buenos Aires, Colegio Libre de Estudios Superiores), vol. 48, núm. 273 (junio de 1956), pp. 153-176. En esta línea, cf. Gino Germani, “Tradizioni politiche e mobilitazione sociale alle origini di un movimento nazionale popolare: il peronismo”, en Ludovico Garruccio, ed., *Momenti dell’esperienza politica latino-americana: tre saggi su populismo e militari in America Latina*, Bolonia, Il Mulino, 1974, pp. 83-158; y del mismo autor, *Autoritarismo, fascismo e classi sociali*, Bolonia, Il Mulino, 1975.

⁴⁵ Federico Finchelstein, “Del trauma del Holocausto a la Guerra Sucia”, María Luisa Ferrandis Garrajo, trad., *Historia Social* (Valencia/Alzira, UNED), núm. 90 (2018), pp. 165-175.

tanto para las víctimas como para los verdugos. Y esa memoria traumática ha engendrado tanto los movimientos neofascistas como las formas pos-fascistas del populismo.⁴⁶

De esta manera Finchelstein subraya la política del terror, la violencia que recupera su papel central como fuente ideológica determinante de la forma de entender la política, donde la ideología fascista, sostiene, se impuso, literalmente, sobre los cuerpos de sus víctimas en los campos de concentración de la última dictadura. Concluye así que durante ese periodo el país estuvo más conectado con el fascismo clásico de lo que había estado el propio peronismo.

A modo de conclusión, me gustaría subrayar que, a pesar de las numerosas observaciones que se le han hecho a De Felice, desde su falta de crítica en relación con las fuentes documentales o su biografía de Mussolini, nadie puede quitarle el mérito, con su infatigable búsqueda y recopilación de fuentes y datos, de haber permitido a las generaciones posteriores encarar con ese vasto corpus documental el estudio de este periodo histórico. Su acopio de fuentes es un método asimilado de su maestro Federico Chabod, una figura clave en la academia italiana, pues marcó un antes y un después en la manera de “hacer historia” —hasta el punto de que hoy dicho método es conocido como el “canon Chabod”⁴⁷ y

⁴⁶ *Ibid.*, p. 168.

⁴⁷ Federico Chabod, *Lezioni di metodo storico*, Luigi Firpo, ed., Roma, Laterza, 2021. También Cantimori, el otro gran maestro de De Felice, defendía un modelo de trabajo historicista “che si fa sui documenti e sui testi, sui fatti e sulle idee, sugli uomini e sulle cose”, sin mezclarlo con funciones y finalidades ajenas a la naturaleza de la investigación histórica, Delio Cantimori, *Conversando di storia*, Bari, Laterza, 1967, p. 114. Ser historiador, advertía, significa “studiare, indagare, ricercare per archivi e biblioteche il materiale per comprendere e far comprendere il passato lontano e vicino, raccontandolo, analizzandolo, esponendolo, ricostruendolo”, Delio Cantimori, “Storia e storiografia in Benedetto Croce”, en *id.*, *Storici e storia*, Turín, Einaudi, 1971, p. 403. Gentile escribe la siguiente anécdota: “una volta, celiando, gli dissi che egli voleva soggiogare il lettore con la mole dei documenti scoperti e dei ragionamenti elaborati, e aggiunsi che il suo metodo mi faceva venire in mente un cuoco che porta in tavola al cliente non soltanto il piatto cucinato, ma tutto ciò che gli è servito per prepararlo, scarti compresi, per rassicurarlo sulla qualità della sua cucina e dei prodotti adoperati. Il professore non se n’ebbe a male, anzi sorridendo mi disse che, in un certo senso, avevo visto giusto, e aggiunse che con questo suo modo di procedere egli voleva mettere il lettore nella condizione di poter seguire in ogni passaggio il percorso che l’autore aveva seguito per arrivare ad una determinata ipotesi, ad un giudizio o ad un’interpretazione riguardante un avvenimento, una persona, un comportamento, una decisione. Questo, mi disse, non era un atteggiamento arrogante di chi ostenta la molle delle sue scoperte documentarie o la sua abilità interpretativa, ma, al contrario, era piuttosto un atteggiamento di consapevole umiltà, di

es una suerte de ética del trabajo histórico que considera imprescindible, primero, consultar el mayor número posible de fuentes para poder compararlas y obtener conclusiones objetivas; segundo, que los trabajos resultantes de dicho estudio vayan necesariamente acompañados de un aparato de notas que permita al lector recuperar las fuentes documentales y la bibliografía crítica. Como sostienen Paolo Mieli y Francesco Perfetti, ambos alumnos suyos, el método ha permitido discutir el fascismo desde el punto de vista histórico y no, o no sólo, político.⁴⁸ Incluso las corrientes historiográficas críticas con su línea de estudio le son deudoras pues, como afirma Sandro Rogari, “nessuno che voglia seriamente fare la storia del fascismo può prescindere dal confronto con l’opera di Renzo de Felice”.⁴⁹ Lo mismo puede decirse de los estudios de Emilio Gentile que, al apuntar a las estrategias de consenso y “liturgia” política, han permitido explicar dicho totalitarismo en términos más amplios que los del simple terror.

Parafraseando a Carlo Ginzburg, la historia depende de las preguntas que le hacemos.⁵⁰ Así, sin pretender restar importancia a las fuentes y herramientas, ni por supuesto subestimar el método crítico del historiador —racional y sistemático, en palabras de Marc Bloch—, las respuestas dependerán de las preguntas que éste se hace, de los textos que busca para encontrar respuestas y de las propias respuestas que éstos le den.⁵¹ Para De Felice y Gentile el fascismo histórico no es extrapolable a otros contextos, pero sí el totalitarismo. Para Devoto no hay posibilidad de concluir la

chi ritiene che il lettore non debba essere trattato come un fanciullo al quale propinare verità rivelate, ma come una persona razionale alla quale esporre razionalmente il risultato delle proprie ricerche, in un serrato e costante confronto fra ricostruzione documentata degli avvenimenti e la loro interpretazione”, Gentile, *Renzo de Felice: lo storico e il personaggio* [n. 1], p. 55.

⁴⁸ Paolo Mieli y Francesco Perfetti, “Renzo de Felice, storico del fascismo”, RAI, *Passato e presente* (2022/2023), en DE: <Passato e Presente 2022/23 - Renzo De Felice, storico del Fascismo - Video - RaiPlay>.

⁴⁹ Perfetti, ed., *Renzo de Felice: la storia come ricerca* [n. 3], p. 20.

⁵⁰ Entrevista a Carlo Ginzburg, “El miedo está siempre disponible, la cuestión es quién lo usa”, *El País Semanal*, suplemento dominical de *El País* (Madrid), 10-vi-2023, en DE: <<https://elpais.com/eps/2023-06-10/carlo-ginzburg-el-miedo-esta-siempre-disponible-la-cuestion-es-quien-lo-usa.html>>.

⁵¹ Gentile, en cambio, en entrevista concedida a la RAI con motivo de la publicación de su obra *Storia del fascismo* (Bari, Laterza, 2022) defiende precisamente lo contrario, que el historiador no debe hacer preguntas al texto sino escuchar lo que el texto quiere decir, “Emilio Gentile”, RAI, *Play Books* [n. 16].

existencia de un fascismo argentino, aunque sí la de aplicar los instrumentos utilizados por los italianos; para Sebreli la comparación entre peronismo y fascismo no sólo es posible sino necesaria para entender que sus puntos de encuentro —apoyo y movilización de masas, formación de una élite de poder compuesta por una clase media emergente y marginal, el intento de estructurar un Estado totalitario en torno a un partido único y un jefe carismático, así como las estrategias para conseguir todo esto— son más que las diferencias; y para Finchelstein es la herencia fascista en Argentina lo que permite encontrar un hilo conductor entre el terror fascista y el de la última dictadura militar.

RESUMEN

Rastreo de la huella que los estudios sobre el fascismo de los historiadores italianos Renzo de Felice (1929-1996) y Emilio Gentile (n. 1946) dejaron en la historiografía argentina. Para cumplir tal objetivo se recurre a las lecturas metodológicas y conceptuales que se verifican en tres intelectuales argentinos: los historiadores Fernando Devoto (n. 1947) y Federico Finchelstein (n. 1975) y el sociólogo Juan José Sebreli (n. 1930).

Palabras clave: fascismo italiano/interpretación, peronismo/movilización de masas, dictaduras militares argentinas.

ABSTRACT

The author traces back the studies on Fascism made by Italian historians Renzo de Felice (1929-1996) and Emilio Gentile (b. 1946) as part of Argentinian historiography. To achieve this objective, the author reviews their methodological and conceptual readings as noted by three Argentinian intellectuals: historians Fernando Devoto (b. 1947) and Federico Finchelstein (b. 1975), and sociologist Juan José Sebreli (b. 1930).

Key words: Italian Fascism/interpretation, Peronism/mass mobilization, Argentinian military dictatorships.